

inflamados por el sentimiento religioso, y la contestacion dada por D. Márcos Toledo á la intimacion de D. Porfirio Diaz fué, «que las armas imperiales jamás se rendian, y que tenia abierta su tumba para depositar en ella sus restos con honor, si la victoria le era esquivá.»

Desechada la intimacion, los sitiadores rompieron inmediatamente, desde los cerros que dominan la poblacion, un fuego vivísimo de cañon y de fusilería, haciendo avanzar poco despues sus columnas de ataque por todas partes, hácia el cuadro en que se habian distribuido los sitiados para defender las diferentes avenidas. El combate se hizo bien pronto general. Asaltantes y asaltados luchaban con notable denuedo. El jóven jefe imperialista D. Márcos Toledo, que en los instantes de mayor peligro sentia aumentarse aun mas su extraordinario valor á la vez que su sangre fria, inflamado su corazon por el sentimiento religioso, se multiplicaba, por decirlo así, presentándose ya en un punto ya en otro, luchando con heróico ardimiento y exhortando á vencer ó morir por la religion y por la causa del imperio. No hay en la pintura que hago del valor del jóven tasqueño D. Márcos Toledo, la mas leve exageracion: todas las cartas particulares, escritas por diversas personas de distintos colores políticos, así extranjeras como mejicanas, le presentaban como un hombre que desconocia el miedo; y los redactores del periódico francés *L'Estafette* decian que «era de gran valor y de invencible obstinacion.» Su fisico estaba en contraste con su energia, temeridad y su inquebrantable espíritu, pues era de complexion delicada y de baja estatura. Era un jóven todo corazon y ánimo, todo valor y fé. Inflamados por sus

palabras los compañeros de armas que estaban á sus órdenes y que, como él, estaban resueltos á perecer por la causa que habian abrazado, luchaban de una manera terrible, oponiendo á sus contrarios una resistencia invencible. Los asaltantes, sin haber podido llegar hasta los parapetos de los sitiados, retrocedieron, situándose en puntos muy próximos, y continuando durante todo el dia el fuego de una y otra parte.

1863. Los juaristas, decididos á triunfar de aquel corto número de resueltos enemigos, cuya decision les hacia temibles, emprendieron de nuevo el ataque al brillar el sol del siguiente dia 28. Una gruesa columna juarista emprendió la lucha por la calle del convento de San Diego. A la cabeza de ella iba un jóven de arrogante figura y de notable valor. Era el coronel Don Cirilo Tolsa, amigo íntimo del general D. Porfirio Diaz, nacido en la misma ciudad que éste, y persona altamente recomendable. El combate se empeñó con imponderable ardor de una y otra parte. Los asaltantes, guiados por su denodado jefe, avanzaban hácia las trincheras de sus contrarios. Un vivo fuego graneado de fusilería salió entonces de los parapetos de los sitiados. En medio del estruendo de las armas, se oyó entre los defensores del punto atacado estas palabras: «Tasqueños; el que muere defendiendo las glorias de Dios, el honor del imperio y la honra de su familia, vive eternamente.» Era la voz del jóven D. Márcos Toledo que acudió inmediatamente al sitio de mayor peligro. Sus palabras fueron acogidas con indecible entusiasmo y sus soldados redoblaron, por decirlo así, sus incesantes disparos sobre los asaltantes. Una bala atravesó en aque-

llos instantes el pecho del bravo coronel juarista D. Cirilo Tolsa que iba á la cabeza de la columna, haciéndole caer sin vida á tierra. Junto á él cayeron tambien sin vida un capitán, tres tenientes y muchos de los mejores soldados. Esto introdujo el desaliento en los asaltantes, y viendo que el mortífero fuego de los tasqueños era cada vez mas vivo, se desordenaron y retrocedieron. Otras columnas avanzaron, y fueron tambien rechazadas en confusion y desorden. El general sitiador Don Porfirio Diaz, resuelto á tomar la poblacion, hizo que sus tropas no cesasen un momento, desde sus posiciones, de acosar á sus contrarios, quienes obligados á sostener un vivo fuego, veian ir concluyendo sus municiones: á las cuatro de la tarde los pistoles, llamados en el país *cápsulas*, habian terminado; y para suplir, en lo posible su falta, habian ideado cebar la chimenea de sus fusiles con cabezas de cerillas fosfóricas. El fuego de los sitiados, en consecuencia, empezó á ser mas lento, y su lentitud fué aun mas notable cuando llegaron á faltar del todo las primeras materias que sirven para la elaboracion de la pólvora. Agotados los cartuchos que las mujeres se habian ocupado en hacer mientras los hombres se batian, D. Márcos Toledo mandó que se guardasen los últimos tiros para cuando los contrarios asaltasen, sin contestar entre tanto á sus fuegos.

A la caída del sol, el general republicano Don Porfirio Diaz, notando que los sitiados habian suspendido casi por completo el fuego, sospechó la causa positiva que existia para ello, y se propuso emprender un tercer asalto al siguiente dia.

Al llegar la noche todo quedó en el mas profundo si-

lencio: los sitiadores dejaron de disparar sus armas, á fin de descansar para emprender con mayor vigor la lucha al brillar el nuevo sol, y los sitiados para no gastar los últimos cartuchos que les quedaban. La situacion de los defensores de la plaza no podia ser mas crítica: de nada podia servirles ya el valor, cuando se habian agotado los medios de defensa. Sabian que sus contrarios se disponian á lanzar nuevas columnas sobre sus débiles posiciones, y se encontraban sin elementos para oponer resistencia. Entonces los individuos principales de la poblacion, en union de los vecinos armados que la defendian, entraron en juiciosas y serias conferencias con el jefe de la plaza D. Márcos Toledo para convenir en lo que seria mas prudente resolver. El párroco Argüelles trató de demostrar una vez mas, lo inútil y peligroso de prolongar la resistencia, cuando no existian medios para alcanzar el triunfo, y trató de persuadir de que era conveniente entrar en arreglos con los sitiadores para una capitulacion. Don Márcos Toledo escuchó con respeto todas las opiniones; pero no queria transigir sino á condicion de que primero se *le pasase por las armas*, «pues mientras tenga aliento,» añadió, «he de sostener el imperio y he de defender la religion y el lugar.» El cura Argüelles le dijo
1863. Octubre. que apelaba precisamente á sus sentimientos religiosos y de amor al lugar, para evitar á este los males de una plaza tomada á fuerza de armas, y á las familias desgracias terribles. El bravo jóven convino entonces, aunque con sentimiento, en enviar al general sitiador una comision, compuesta del alemán Mr. Fuch, del comisario municipal del lugar y de otras dos personas recomen-

bles. Cuando los parlamentarios llegaron al campo juarista y se presentaron al general D. Porfirio Díaz, se hallaba muy pesaroso por la muerte de su amigo el coronel Don Cirilo Tolsa, y se mostró al principio bastante indignado contra los tenaces defensores; pero luego, sobreponiéndose á la pena causada por la muerte de su amigo, deploró las calamidades que causan las guerras civiles, y manifestó á las personas comisionadas para celebrar una capitulación, que estaba pronto á escucharlas. Después de una breve conferencia, se convino en lo siguiente: garantías de vida y propiedad; entrega de las armas, y quedar los defensores prisioneros de guerra. Estas condiciones parecieron aceptables á la guarnición, y aunque el jefe imperialista Don Marcos Toledo dijo á los comisionados que las juzgaba inadmisibles, el prudente sacerdote Argüelles, que en aquel conflicto representaba el papel de mediador, logró convencerle de que eran aceptables para salvar así al vecindario de las terribles consecuencias de una plaza tomada á viva fuerza, y firmó al fin, aunque él habria preferido morir luchando antes que capitular.

En virtud del expresado convenio, el general Don Porfirio Díaz entró en la plaza de Tasco en la mañana del 29 de Octubre. El jefe imperialista Don Marcos Toledo, sus oficiales y soldados y algunos otros individuos, que hacian un total como de doscientas personas, fueron llevados presos á la sacristía de la iglesia, quedando encargado de su custodia un oficial de Sinaloa. Por desgracia, éste carecia de la prudencia que debe adornar á todo hombre que blasona de respetar las creencias religiosas de los demás, pronunció palabras despreciativas contra la imagen de

Santa Prisca, patrona del pueblo, muy venerada por sus habitantes, y dándola en seguida un sablazo, la derribó al suelo. Este hecho que heria el sentimiento religioso de la poblacion entera, causó en los prisioneros que lo presenciaron, mas pesar que si se hubiese dado orden de hacerles fuego. Don Porfirio Díaz, cuando supo lo verificado por el imprudente oficial, se disgustó en extremo, y llamándole aparte, le afeó su proceder, recomendándole la moderacion en sus actos. Tambien los soldados de las guerrillas surianas que no pertenecian á la division de Don Porfirio Díaz, cometieron algunos excesos, ajenos todos á la voluntad de éste, que era amante del orden, y que desgraciadamente se suelen verificar en los primeros momentos de una capitulación en que no puede ejercerse una vigilancia completa sobre las partidas sueltas que no pertenecen al ejército reglado.

A las ocho de la noche del dia 30, se mandó á los prisioneros que saliesen de la sacristía para marchar con las fuerzas vencedoras, y á las siete de la mañana del siguiente dia 31 de Octubre, emprendió el general Don Porfirio Díaz la marcha al frente de su division con rumbo á Iguala.

En algunas cartas escritas entonces por personas imperialistas del pueblo de Tasco, y que publicaron los periódicos de Méjico, pertenecientes al mismo color político, se dijo que Don Porfirio Díaz prometió en los artículos de la capitulación dejar en libertad á los defensores si deponian las armas, (1) y que habiéndoles llevado presos,

(1) Correspondencia publicada en el periódico francés *L'Estafette* del dia 12 de Noviembre de 1863.

«violó las leyes de la guerra y su propia palabra.» Pero lo aseverado en las cartas que así se expresan, no es cierto. En unos apuntes que se publicaron en aquellos mismos dias por persona nada sospechosa para los imperialistas, con el título de «Verdadera relacion de los sucesos de Tasco,» asienta su autor, que uno de los artículos de la capitulacion firmada, decia que «*quedaban los defensores prisioneros de guerra.*» (1)

1863. Don Porfirio Diaz era uno de los jefes mas valientes, rectos y leales de la causa republicana, y justo es hacer justicia, manifestando que era incapaz de faltar á la palabra prometida, y que si llevó prisioneros á los valientes defensores de Tasco, fué en virtud de lo convenido en la capitulacion. Mal podia el general juarista haber prometido dejar en libertad á los contrarios que se habian defendido como héroes, y los cuales no tenian mas remedio que sucumbir por falta de municiones, cuando estaba persuadido que volverian á empuñar las armas en cuanto les fuese posible.

En medio del estruendo de las armas que por todos los ámbitos de la nacion se escuchaba anunciando desgarradoras escenas, era consolador ver emprendida una mejora material importante, y seguir avanzando aunque fuese lentamente. Esta mejora material era la obra del ferro-carril de Veracruz á Méjico. A pesar de los obstáculos con que era preciso tropezar en el estado de lucha en que se hallaba el país, se habian construido ya treinta y tres millas ó

(1) Los apuntes á que me refiero, se publicaron en el periódico mejicano *El Cronista* del 13 de Noviembre de 1863.

sean once leguas de que el público hacia uso desde el 15 de Agosto último. El tramo de la Tejería al Pando, que era un camino desigual, que obligó á que se hicieran grandes cortaduras y muy altos terraplenes, que quedaron perfectamente revestidos de césped, lo dirigió el instruido arquitecto mejicano Don S. Mendez, así como el tramo de la Ribera á la Tejería, en donde hay un terraplen de mil quinientos metros de largo, y siete metros de altura media, la profunda cortadura del Molino, y el ramal del muelle á la estacion de Veracruz. El resto de la obra fué ejecutado bajo la direccion de Mr. Lyons, al cual se le encomendó la continuacion de los trabajos que, como he dicho, seguian avanzando á pesar de los obstáculos que, por causa de la lucha, se oponian á su rápida marcha.

Si las guerras civiles no hubieran tenido divididos á los mejicanos desde poco despues de haber logrado hacerse independientes, así como aquella línea férrea que con satisfaccion de todos se construia, se hubieran hecho ya otras cien que hubieran cruzado el país entero, haciendo desarrollar su inmensa riqueza.